

CAPITULO PRIMERO

El héroe de una novela no es siempre un héroe.

DE modo, caballero, que ha podido usted creer que yo, Carlos Rondot, comerciante honorable y conocido como tal en el barrio de Batignolles, concedería la mano de mi hija a un hombre que no tiene padre?

Agresivo el busto, los brazos cruzados sobre el pecho, el rostro escarlata, las cejas y las guías del bigote erizadas, demasiado corpulento para tan delgadas piernas, Carlos Rondot debía, lógicamente, haber perdido el equilibrio y caer sobre el desgraciado pretendiente cuya audacia le llenaba de indignación.

Baltasar se dió cuenta de ello con espanto. Sentado tímidamente en el borde de una silla, encogíase ante la amenaza, hundía el cuello entre los hombros, escondía su único

guante amarillo-manteca dentro de su sombrero de copa, y éste bajo el faldón de una levita negra, cuyo paño deslucido no había desdeñado la polilla.

Las rodillas y codos salientes, Baltasar era delgado y pálido, de aspecto enfermizo. En su mentón y sus mejillas crecía una pelusilla suave y sedosa, mientras que su cráneo ostentaba una vegetación áspera y corta, como los pelos de una barba rala. La nariz era ancha y sensual, nariz de hombre grueso, siendo sus ojos amables y bondadosos.

Intentando bromear, insinuó con tímida voz:

—Todo hijo supone un padre, querido señor...

—¡Un hijo que no tiene nombre, no tiene padre, joven!—rugió Carlos Rondot—, y cuando no se tiene ni padre, ni estado civil, ni posición social, ni domicilio confesable, no se trata de sorprender la confianza de un honorable comerciante.

—¡Que no tengo domicilio!—exclamó Baltasar reaccionando—. ¿Y la villa de "las Danaides"?... ¿Que no tengo una posición social? ¿Y mi puesto de profesor?...

La cólera del honorable comerciante desapareció de golpe para dar paso a una hilaridad que le sacudía el vientre.

—¡La villa de "las Danaides"!... ¡Don Baltasar, profesor!... ¡Ah! hablemos de eso!...

La risa no era apropiada en una entrevista de tal indole, y Carlos Rondot se contuvo. Armado de súbita gravedad y guardando un silencio que Baltasar no hubiera osado romper, midió con reflexivo paso la habitación, situada detrás de sus almacenes, que le servía de despacho particular.

Cuando hubo preparado su discurso se plantó ante Baltasar, y a manera de preámbulo le dijo:

—Joven, hace dos meses que encontré usted a mi hija Violante en el curso de señoritas en donde explica usted "la filosofía cotidiana". Mi hija mordió—es su misma expresión—en esa rama de la educación moderna, pero no habiendo comprendido ni una sola palabra de sus conferencias, abandonó el curso y rogó a usted le diera lecciones particulares. Tuvieron éstas lugar en mi casa y le proporcionaron a usted la ocasión de introducirse en ella tan arteramente, de insinuarle tan diestramente en las buenas gracias de su alumna, que un buen día—hace de esto una semana—ésta hacía alusión ante mí a cierto proyecto matrimonial...

Baltasar hubiera podido interrumpir a Car-

los Rondot y objetar que nunca hubiera levantado sus ojos hasta la señorita Rondot, si ella misma no le hubiera declarado una pasión tanto más inesperada cuanto que él no se creía poseedor ni de las cualidades ni del físico de un seductor; pero Carlos Rondot prosiguió de nuevo:

—¡Un matrimonio entre mi hija y usted!... Sin duda alguna, Violante ha sufrido una de esas crisis que lanzan a la joven más advertida en brazos del primer imbécil que se presenta. Es una criatura un tanto exaltada, demasiado asidua a las *matinées* de la Comedia Francesa y que hasta "hace" poesía. Simple chiladura, pues, de su parte, y de la cual yo no hubiera debido preocuparme. A pesar de todo, instantes después me dirigía a la agencia de informes X Y Z. ¿Quién era usted? ¿De dónde salía usted? ¿Qué medios de existencia disponía?... X Y Z ha proseguido su investigación. He aquí la respuesta.

Con el reverso de sus dedos, Carlos Rondot golpeaba sobre una carta desplegada y miraba a Baltasar con la mirada severa de un juez de instrucción, que abre ante el acusado un legajo repleto de pruebas.

El acusado tenía un aspecto lamentable. Si se le hubiera puesto ante un cadáver despe-

dazado, no tendría una tan desconcertante actitud.

El juez de instrucción comenzó:

—“El tal Baltasar... (una larga pausa, una mirada sarcástica: ¿se puede llamar “tal” a un hombre que nada tiene sobre la conciencia?)... el tal Baltasar habita, si puede llamarse así, detrás de los desmontes de Montmartre, más allá de las fortificaciones, en un terreno poblado de chozas y casuchas de traperos y que se llama la Ciudad de las Barracas. La “villa de las Danaides”, a la cual da acceso un arroyo de barro e inmundicias, se compone de un pequeño cercado, dos árboles secos y un gran tonel que sirve de dormitorio, salón y cocina. Sobre la valla se lee: “Baltasar, profesor”. ¿Profesor de qué?... De todo y de nada, pudiéramos decir. Precisemos: Profesor de filosofía cotidiana para señoritas, de tango para señoras entradas en años, de pronunciación francesa para extranjeros... Profesor de degustación en una “tasca” de Montmartre, profesor de billar y de aculotado de pipas en Clignancourt..., etc., etc. Estas diferentes ocupaciones no le producen gran cosa, lo que no le impide emplear los servicios de la llamada Calabacita, huerfanita que hace los trabajos de casa a algunos traperos

y que particularmente limpia, friega, lustra y pule la "villa de las Danaides". Fuera de esta Calabacita, que él intitula su dactilógrafo, y del señor Vaillant du Four, un viejo beodo cuya villa está configua a la suya, el señor Baltasar mantiene cordiales relaciones con todos sus vecinos y no desdeña en ocasiones el hacerles sus confidencias. "Un niño incluso—dice—, eso soy yo... encontrado por mí mismo, una mañana de diciembre, en medio de un gran camino, y que desde entonces ha comido como ha podido y se ha educado también como ha podido. ¿Documentos, acta de nacimiento? ¿un nombre de familia, una madre, un padre? ¡Tonterías! Puede uno prescindir de todo eso, como de calcetines y camisas." El señor Baltasar quizá ha prescindido muchas veces de estas prendas, pero no ahora. Hace almidonar sus cuellos, vacía frascos de esencia sobre su persona, fuma cigarrillos de lujo y suele prestar un duro a algún vecino apurado... ¿Cómo explicar tales prodigalidades? Hemos llevado nuestras pesquisas hasta el último límite, y a través de las habladurías y de las exageraciones, hemos logrado desentrañar ciertos hechos corroborados por pruebas patentes y de los que es bien extraño que la policía no ten-

ga noticias. Limitándose nuestra misión a informar a usted, lo haremos sin comentarios, en algunas líneas, rogándole saque usted las conclusiones de nuestra minuciosa investigación..."

Carlos Rondot se detuvo para juzgar el efecto producido por esta lectura. Le pareció que Baltasar estaba descompuesto. Con los ojos fijos y la frente cubierta de sudor, el joven escuchaba con visible asombro la más secreta historia de su vida íntima.

—¿Debo continuar?— preguntó el señor Rondot, cada vez más severo.

Baltasar no respondió. El honrado comerciante se inclinó hacia él, y con el papel en la mano prorrumpió con voz sorda:

—"A fines del mes de agosto, ó sea hace ocho meses, el señor Baltasar recibió durante tres días consecutivos la visita de un hombre grueso y corpulento, el cual en cada visita permaneció varias horas con él, y a quien acompañó hasta las fortificaciones. Ahora bien: a la semana siguiente los periódicos publicaron el retrato del hombre grueso y dieron cuenta de su detención. Por pudor no insertamos aquí el nombre del hombre grueso ni el de la banda de malhechores que ha formado, y no queremos tampoco hacer nin-

guna suposición sobre las relaciones que han podido existir entre el célebre bandido y el profesor de filosofía cotidiana, pero debemos hacer notar que fué a continuación de estas entrevistas cuando el señor Baltasar comenzó a distribuir dinero, quizá con el fin de evitar alguna denuncia, que, contra toda verosimilitud, no se ha producido. La casa "X Y Z", que no se aventura nunca en el terreno de las hipótesis, somete los hechos a la sagacidad de usted y se los explicará verbalmente, si así lo desea, rogándole reciba la expresión de su respetuosa consideración."

El informe había terminado. Carlos Rondot lo guardó lentamente en su bolsillo, sin apartar los ojos de su adversario. ¿Cómo se defendería? ¿Qué razón aceptable daría sobre sus familiaridades con una banda de malhechores? ¿Qué era, cómplice o víctima?

—Ya sé lo que debo hacer—murmuró Baltasar.

El señor Rondot retrocedió ante el temor de una agresión; pero Baltasar se levantó simplemente, cogió su sombrero y se puso su guante color manteca.

—Saludo a usted, caballero.

Y se disponía a salir, cuando, de pronto, se

volvió hacia el honorable comerciante y le dijo en tono firme:

—¿Y si persisto en mi petición?

—¿Si persiste usted?...—replicó el señor Rondot, a quien aquel cambio desconcertó.

—Sí; si mantengo mi pretensión a la mano de la señorita Violante, su hija, ¿en qué condiciones me la concedería usted?

Había sacado de su levita un cuaderno de apuntes y un lápiz, y esperaba con la digna actitud de un *maitre d'hôtel* que solicita el menú del cliente.

El señor Rondot estaba sofocado. Su adversario, cuyo delgado cuello emergía ahora del postizo como el de una garza real, le parecía haber crecido de pronto, y articuló:

—Primero, explicar las visitas del hombre grueso y corpulento y ese asunto de los bandidos...

Baltasar anotó, repitiendo en voz alta y como si le encargaran un potaje Saint-Germain y un rodaballo...

—Hombre grueso y corpulento... Asunto de los bandidos... ¿Y qué más?

—Además—reanudó Carlos Rondot completamente dominado—, además... me son necesarios un nombre... un nombre y un padre.

—Un nombre y un padre — anotó Baltasar—. ¿Y qué más?

—Además una posición y, ¡qué diablo!, un sueldo!... una suma en efectivo...

—Posición... sueldo... suma en efectivo...

Baltasar cerró el cuaderno.

—Está bien, caballero. No apareceré ante usted hasta el día en que pueda satisfacerle. Tenga la seguridad que pondré de mi parte lo posible, y le ruego se sirva recibir, caballero, mi humilde saludo.

Se inclinó, dirigiéndose hacia la puerta con el paso firme y seguro de un hombre que soporta valientemente todas las vicisitudes. Se disponía, después de abrir la mampara, a volverse y a lanzar a su futuro suegro un supremo adiós, cuando observó que la puerta estaba entreabierta y que una forma femenina se disimulaba en la sombra de un corredor contiguo al vestíbulo principal.

—¡Usted, usted, Violante!...

Esta aplicó las dos manos sobre las espaldas de Baltasar y murmuró ardientemente:

—Ha estado usted admirable. Es usted mi prometido hasta la tumba. Id, amigo mío, y ganad la batalla.

Baltasar intentó reaccionar débilmente.

—¡Ah!, Violante, todo esto es contrario a los principios de filosofía cotidiana que le he enseñado. Es necesario dominar nuestras pasiones y reducir nuestros sueños a la medida de nuestras pobres vidas humanas.

—El amor triunfa de todo, Baltasar.

Pronunciaba "Baltassar" y las tres sílabas adquirían en su boca toda la grandiosidad que merece el nombre de un rey caldeo. Sus ojos lanzaban destellos en aquel su bello rostro, y su cabellera, en forma de diadema, tenía los reflejos de un casco de acero. Robusta, poderosamente constituida y un palmo más alta que él, tenía, a pesar de la exaltación de su palabra, la actitud majestuosa de una reina de teatro.

Baltasar se deslumbró.

—Yo ganaré la batalla—dijo con voz anhelante—. Quiero conquistarla. Es usted mi vellocino de oro.

Apoyábase tan fuertemente en sus débiles espaldas, que le hizo hincarse de rodillas, y, mientras rodaba su sombrero hasta el vestíbulo, gemía:

—¡Mi vellocino de oro!... Le juro que alcanzaré el fin y que me lavaré de todas las acusaciones. ¿Es que conozco acaso al hombre grueso y corpulento? ¿Tengo tiempo de leer

los periódicos? Yo probaré también que todos esos bandidos...

—¡Ah! — exclamó ella —, qué me importa todo eso... Aunque fuera usted de una banda de facinerosos, aunque viviera usted fuera de las leyes, ¿podría yo reprochárselo? Tenga usted un nombre, Baltasar; encuentre usted a su padre... Le doy un plazo de seis meses para conquistarme.

Calláronse. Inclinada hacia él, hubiérase dicho que estaba armándole caballero y que lo expedía para las Cruzadas.

De pronto, con súbito arrebato, cubrió de besos la escasa vegetación de pelos que guarnecía la cabeza de Baltasar y que, por fortuna, había éste friccionado de colonia aquel día.

—En marcha, Baltasar mío; combate por tu Violante. En marcha, amado mío...

Salió, y ya en la calle taconeó fuerte en la acera, abombando el pecho.

Nunca le había transportado una alegría tan noble ni un tan generoso sueño. Y nunca tampoco le había parecido un fin tan fácil de obtener. ¿Un padre? ¡Si eso se encuentra en cada esquina! ¿Dinero? ¿Una posición social? ¡Niñerías! Con un poco de voluntad, basta.

Calabacita, su dactilógrafa, le esperaba en

el jardín de Batignolles cargada de una enorme cartera de cuero, cuyo peso deformaba su talle infantil.

De su sombrerito de terciopelo deslucido se escapaban dos trenzas rubias y fiesas.

—Ya está—dijo Baltasar.

Se sentó en un banco, sin aliento y como desinflado, en parte, de su efervescencia.

—¿Consiente el señor Rondot? — preguntó ella.

—Sí.

—¡Qué felicidad, señor Baltasar!... ¿Y la señorita Violante?

—Ha estado soberbia... Quizá haga mal en no tener en cuenta mis lecciones de filosofía, pero la razón acabará por recobrar sus derechos entre nosotros.

—Entonces ¿está todo convenido?

—Casi. Dos o tres condiciones insignificantes; pero primero es necesario que encuentre a mi padre. ¿Vienes?

Durante una hora, Baltasar, seguido de Calabacita, recorrió las calles a grandes zancadas en busca del autor de sus días. Todos los transeuntes fueron examinados de una ojeada.

—Quizá es ése — decía —, o más bien aquél... Exacta forma de andar que yo, exacta

manera de llevar el cuello postizo... Se diría, en verdad, que pretende evitarme...

Por dos francos, una sonámbula extralúcida, a casa de la cual le condujo Calabacita, cambió sus esperanzas en certidumbres.

—Dinero... situación lucrativa... encuentro imprevisto de un señor que se interesa por usted... un pariente...

—¿Muy próximo?

—Más que próximo.

—Sin duda alguna, mi padre—propuso Baltasar emocionado.

—Su padre de usted, en efecto. Un anciano muy rico...

—¿De cabellos blancos?

—No tiene cabellos... ni rostro... ni tampoco cabeza... o por lo menos yo no la veo... porque queda envuelta en la sombra.

La perspectiva de tener un padre sin cabeza no desalentó a Baltasar. Lo esencial era tener uno, y reanudó su marcha a través de la ciudad, que se iba iluminando lentamente.

Hacia las siete se dió cuenta con sorpresa de que Calabacita, aplastada bajo el pesado fardo de la cartera, le había abandonado, y, después, que penetraba en la tasca de Montmartre, a la que precisamente debía ir aquel día como todos los meses, para dar lecciones

de "degustación" a algunos burgueses del barrio aficionados al vinillo bueno y no muy caro. Baltasar, que no bebía más que agua, no entendía ni una palabra en cuestión de vinos; pero tenía un modo tan particular de distinguir el Beaujolais del Rousillon, el Suresnes de tal año del Suresnes de tal otro, que los mejores catadores no se hubieran atrevido a contradecirle. Además, el señor Vaillant du Four, su vecino de las Danaides, a quien debía el agradable empleo de "degustador", y que desde su fundación asistía a estos ágapes, nunca dejaba de darle la razón, y el señor Vaillant du Four, hombre taciturno y vulgar, cuya barba blanca y rígido continente inspiraban respeto, poseía en esta materia toda la autoridad de un borracho profesional.

Baltasar se achispó como lo exigía el contrato, y los dos emprendieron el regreso cogidos del brazo, cantando canciones báquicas, a las cuales el señor Vaillant du Four añadía este inevitable refrán:

—Vaillant du Four, no eres más que un miserable... ¿Me oyes, verdad?... Un canalla abominable... un maldito canalla...

Al llegar a las fortificaciones, el señor Vaillant du Four cayó al suelo y Baltasar tuvo

que arrastrarle de un brazo y una pierna hasta su choza. El mismo se vió apurado para encontrar "Las Danaides" y meter la llave en la cerradura de su domicilio; una vez abierta la puerta cogió la caja de fósforos y la bujía colocadas en el lugar convenido por la previosora Calabacita. Encendió la luz y quedó estupefacto al encontrar dos cartas. Desde hacía seis años que Baltasar habitaba en Las Danaides, jamás había recibido cartas. ¿Quién podría escribirle? Nadie conocía su dirección.

Rompió el sobre de una de ellas, y aun cuando los vapores del vino le hacían incapaz de comprender ni una sola palabra de lo que leía, tenía la impresión de que se trataba de algo extraordinario.

La carta contenía estas líneas:

"Mi querido hijo: Perdóname la conducta que las circunstancias me han obligado a seguir respecto a ti. No invoco ninguna excusa; un padre que reniega de su hijo, que se oculta de él y que no se da a conocer, es un mal padre; yo te pido perdón.

„Sin embargo, hoy que se aproxima el momento de comparecer ante Dios, quisiera reparar en lo posible mis errores, y al menos hacerte gozar de las alegrías de la vida y de la fortuna. Eres digno de ello; aunque no se-

pas quién soy, yo no ignoro nada de tu existencia difícil y de tus meritorios esfuerzos para proseguir por el buen camino. Continúa, hijo mío, y que el acto de reparación que quiero llevar a cabo respecto a ti, contribuya a tu felicidad.

„Baltasar, escucha esto: en un rincón de la selva de Marly, en el lugar exacto que indica el punto que he marcado con lápiz rojo en el adjunto plano, existe un claro cuyo centro lo ocupa un olmo frondoso. Irás allí, y una vez que estés, seguirás las minuciosas instrucciones inscriptas en un extremo del plano. Ellas te llevarán a un viejo roble en cuyo tronco hueco he depositado una cartera de cuero que contiene, en títulos de renta y billetes, la suma de un millón seiscientos mil francos. Esta suma me pertenece en legítima propiedad. Yo te la doy.

„Adiós, querido hijo mío. Estas líneas te serán enviadas después de mi muerte. Respeta mi voluntad y perdóname.

TU PADRE."

Baltasar repitió varias veces "tu padre"... "tu padre"... Luego rasgó el sobre de la oframisiva. Esta llevaba como membrete: "Notaría del doctor La Bordette, calle de Saint Ho-

noré." Estaba concebida en estos términos:

"Muy señor mío: Le ruego se pase por esta notaría el 25 del corriente, a las cuatro de la tarde, para un asunto que le interesa.

"De usted afectísimo..."

Baltasar no terminó. El vinillo de Suresnes producía sus efectos y cayó como un fardo sobre el colchón que le servía de cama.

CAPÍTULO II

Sólo los hechos de la vida cotidiana están a la altura de nuestro destino.

EN los raros minutos en que Baltasar, dando tregua a sus múltiples trabajos de profesor, se entregaba a sueños y meditaciones retrospectivas, veía en el camino de su pasado un pequeño vagabundo, encogido y medroso, expuesto a todos los vientos y a todas las miserias y que no tenía otra inquietud que la de no morir de hambre. Era él.

Sin pan y sin hogar, sentía la aflicción del perro que se entrega al primer amo que encuentra, sólo por el placer de querer a alguien y la satisfacción de comer.

Pero todos sus altos al borde del camino, todas sus tentativas de sacrificio y cariño, todos los anhelos de su corazón ansioso de ternura, terminaban siempre en dramas, en